de esos muchachos inducidos probablemente por sus padres idólatras á que se burlaran del ministerio divino de los profetas. Para que no parezca extremado este castigo debemos atender á que la Escritura llama niños á los jóvenes ya crecidos y con pleno uso de su razón. Ahora bien, si cualquier pecado mortal es castigado con la muerte eterna ¿será mucho que Dios para escarmiento de los demás lo castigue también con la temporal?

CAPITULO XXVIII.

EL REINADO DE EZEQUIAS.

Vamos ahora á responde á dos dificultades que suscita la incredulidad en contra de dos hechos que se refieren al reinado de Ezequías; estos son: la destrucción del ejército de Senaquerib y el prodigio obrado en el Cuadrante de Acab.

I. La destruccion del ejercito de Senaquerib.

En el libro IV de los Reyes leemos que habiendo pretendido Ezequías librarse del yugo de los asirios, Senaquerib movió sus ejércitos contra la Judea; pero sabiendo que Ezequías había hecho alianza con los reyes de Egipto y de Cus, quiso primero sujetar á éstos, como lo hizo en una guerra que les declaró y que se prolongó durante tres años,

después de los cuales se volvió y ocupó las principales ciudades de la Judea.

Ezequías, sin contar ya con el auxilio del Faraon, trató por todos los medios posibles de aplacar á Senaquerib, entre ellos le ofreció la enorme suma de trescientos talentos de plata y treinta de oro, El rey pérfido de Asiria prometió la paz: pero no bien hubo recibido el dinero, cuando olvidando su promesa mandó á sus generales Rabsaces y Tartan para intimar vasallaje al Rey de Asiria por parte del pueblo judío, si no querían ver destruido su templo y ciudad y llevados todos sus habitantes á ominoso cautiverio.

Rabsaces llenó su cometido blasfemando del Dios de Israel con tanta insolencia, que el piadoso Ezequías rasgó sus vestiduras y cubierto con un saco, se presentó al templo á donde llamó á Isaías. Este profeta respondió á los enviados del rey: *Esto diréis á vuestro Señor: He aquí lo que dice el Señor: No temas al oir las palabras que escucharon tus oidos de blasfemia en los labios de los ministros del rey de los asirios contra mí. Yo le mandaré el espiritu y oirá á un mensajero y y se volverá á su ciudad y yo lo haré traspasar con espada en su misma tierra.*

Entretanto, oyendo Senaquerib que el rey de Etiopía venía á auxiliar á Ezequías, se dirigió en contra de él; pero primero escribió á Ezequías cartas llenas de amenazas y blasfemias. Cuando éste las leyó subió al

templo y las extendió en la presencia del Señor, dirigiéndole fervorosa oración. Dios se dignó oírla y mandó al profeta Isaías para decirle: *No entrará* el rey de Asiria *á esta ciudad, ni arrojará una sola saeta por encima de sus muros, ni pasará sus puertas un escudo, ni será circunvalada, por el camino que trajo se volverá y no entrará á la ciudad.*

Y así sucedió: *En aquella noche* vino el angel del Señor é hirió en los campamentos de los asirios ciento ochenta y cinco mil. Al día siguiente, cuando se levantó Senaquerib, vió los cadáveres de sus soldados y entonces decidió retirarse á la ciudad de Nínive, y yendo á orar en el templo de su dios Nesroch, sus dos hijos Adramelech y Sarasar lo traspasaron con su espada y huyeron á la tierra de los armenios y reinó en su lugar Asaradon.

Después de leído esto, replican los racionalistas, ¿es posible dar fé á matanza tan grande cuando de ella ni una mención hallamos en la Historia Profana?

Podemos desde luego negar esta aserción, porque la Historia Profana nos suministra tales datos sobre algunos de los puntos de esta narración, que ellos nos sirven para inferir la veracidad de los que calla. Tenemos noticia: 1:° de la venida del Senaquerib á la Judea y del tesoro que le entregó Ezequías. La hallamos en una inscripción cuneiforme recientemente descubierta por M. Oppert.

Hé aquí la inscripción tal como se lee en los Anales de Filosofía Cristiana: Senaquerib, el gran rey, el rey poderoso, el rey de las legiones, el rey de Asiria y de las cuatro regiones.... Yo hice salir á Padi de Jerusalem y yo le reintegré en su soberanía. Mas Ezequías, el judío, no se sometió. Hubo cuarenta y cuatro ciudades muradas.... con las cuales yo combatí domando su orgullo.... Auxiliado por el fuego, las matanzas, los combates y las torres de guerra, tomé cuarenta y cuatro grandes ciudades, villas, muradas y lugares pequeños. Yo las ocupé, hice salir de ellas dos mil ciento cincuenta personas grandes y pequeñas, hombres y mujeres, mulos, caballos, bueyes y carneros sin número, y yo los tomé como cautivos. En cuanto á él (Ezequías) yo lo encerré en Jerusalem, la ciudad de su poder, como un ave en su jaula.... El envió para mí en Nínive, la ciudad de mi soberanía, treinta talentos de oro, cuatrocientos de plata..... metales, rubís, perlas y gruesos diamantes... el contenido de todo su tesoro."

En otras descripciones que descifró Rawilson, se encuentra á poca diferencia la misma narración. "Como Ezequías rehusara someterse á mi dominación, yo le arrebaté y saqué cuarenta y seis ciudades fortificadas y otras innumerables que le pertenecían. Dejéle, sin embargo, Jerusalem, su capital y algunas otras ciudades insignificantes de los

alrededores .... Yo me llevé treinta talentos de oro y ochocientos de plata, los tesoros de los nobles de la corte.... Yo volví á Nínive..... considerando dicho botín como el equivalente del tributo que rehusaba pagarme."

Lo único de que aquí no se hace mención es de la destrucción del ejército de Senaquerib, lo cual no debe admirarnos, porque las derrotas nunca se perpetúan en los monumentos de los pueblos que las sufren; sin embargo, queda bastante indicada desde el momento en que después de tantas victorias obtenidas se volvió el rey de Asiria á Nínive sin tomar á Jerusaelm.

De esta destrucción hablan Herodoto y Beroso, aunque conforme á su costumbre mezclen á cada paso la historia con la fábula. El primero dice: Habiendo invadido al Egipto Senaquerib, rey de los árabes y de los asirios, al frente de numerosos ejércitos, un sacerdote imprudente se presentó en el templo y allí se lamentó con el ídolo, de todos los peligros á que estaban expuestos, y en estas quejas le sorprendió el sueño en el que le pareció ver al dios anunciándole que nada sufrirían, si se pusiera el rey al frente de los árabes. Hízolo así el rey, pero en la noche salió de la ciudad, una gran multitud de ratones silvestres que royeron las saetas y correas de los escudos de modo que al día siguiente cuando se trató de pelear, encontrán-

dose sin armas, emprendieron la fuga dejando á muchos en el campo. [1] Beroso, que escribió la historia de los caldeos, cuenta la cosa de otro modo. Dice que Senaquerib rey de los asirios, recorrió toda el Asia y el Egipto y que volviendo de esta última expedición, encontró á Rabsaces á quien había dejado sitiando á Jerusalem, en angustia extrema por la peste que devoraba su ejército, peste, añade, mandada por el Dios de esa región. Hé aquí oculta bajo esas fábulas, la verdad de nuestra historia.

Si se pregunta cómo un ejército tan innumerable pudo ser destruido en una sola noche, hallaremos diversas respuestas en los expositores. Los hebreos, según San Jerónimo, apoyados en dos lugares de la profecía de Isaías, [2] piensan que por mandato del ángel, cayó sobre ellos, fuego del cielo. Otros que de diversa manera interpretan las palabras de Isaías, pretenden que los asirios se degollaron entre sí, como los Madianitas en tiempo de Gedeón. Josefo, dice que el ángel del Señor, trajo consigo una peste devastadora al campamento de Senaquerib. Ni faltan quienes entiendan á la letra el salmo setenta y cinco en el cap. XXIX de Isaías y atribuyan la matanza á una tempestad que se desencadenó sobre ellos.

---

(1) In Euterp. lib 2.
[2] Is. X, 16, 1718.—XXXIII, 3 y sig.

Más probable y verosímil nos parece la opinión del Tostado y Saliano que opinan que Dios mandó una plaga oculta en alguna de las más nobles entrañas, que les causó una muerte repentina. Tiene su fundamento esta opinión en el libro del Eclesiástico, que hablando de esta matanza, dice: *Disjecit castra assyriorum et contriviteos angelus Domini.* [1] Ahora bien las palabras *disjicere* y *conterere*, indican que la muerte de los Asirios fué violenta como de rayo, pues todo este destrozo se verificó en el espacio de una noche.

II. El Cuadrante de Acaz.

El mismo libro IV de los Reyes nos refiere que estando enfermo Ezequías, Dios, por medio del profeta Isaías, le prometió la salud, y cuando el rey pidió al profeta una señal de que se cumpliría su vaticinio, Isaías respondió: *Esta será la señal de que Dios cumplirá lo que ha dicho: ¿Quieres que (en el reloj solar de Acaz) suba la sombra diez líneas ó que retroceda otros tantos grados? Y dijo Ezequías. Es fácil que la sombra del sol crezca diez líneas y no quiero que así se haga, sino que se atrase diez grados. Así, pues, invocó Isaías profeta, al Señor y obligó á la sombra á retroceder los diez grados que ya había recorrido en el reloj de Acaz.* [2]

(1) Ecli, XLVIII, 24.
(2) IV, Reg. XX, 8 y seq.

Pero si el sol, replica la incredulidad, se atrasó diez líneas, este milagro hubiera traído consigo la perturbación del orden natural en todo el universo, y de esta perturbación se hubiera conservado memoria en los escritos y monumentos profanos de la antigüedad. Ambas reflexiones nos convencen de la inverosimilitud de esta narración.

Respondemos, que si bien para Dios es tan fácil alterar el orden de la naturaleza como el conservar inviolables sus leyes, sin embargo, decimos con Bullet, Weissenbach y casi todos los autores modernos, que no fué el sol, sino su sombra la que retrocedió en el cuadrante de Acaz, de modo que el milagro no fué universal sino particular y solo visto en el palacio del rey Ezequías; por lo cual no es de estrañarse que los historiadores de los demás pueblos, no hayan hecho mención de él. Sin embargo, San Dionisio [1] creyó encontrar memoria de este milagro en la adoración del triple sol ó mithra, considerado en estas tres frases: adelantando en su carrera, retrocediendo y volviendo al punto á que antes había llegado.

Las razones en que se apoya nuestra opinión, son las siguientes:

1ª La Escritura en diversos lugares solo dice que la sombra fué la que retrocedió en el cuadrante de Acaz y si Isaías en el capí-

(1) Epist. ad Polycarpum.

tulo XXXVIII, dice: *volvió el sol á ganar las diez lineas que se habia atrasado*, esto debe entenderse de solo su sombra, como se infiere del contexto y de los lugares paralelos, tanto más, cuanto que no es raro en la Escritura tomar la causa por el efecto y hablar de los efectos del sol como del sol mismo, como lo vemos en el capítulo IV de Jonás.

2ª Dios, que no falta en lo necesario, tampoco abunda en lo superfluo, por lo que si este milagro solo tenía por objeto asegurar á Ezequías el cumplimiento de la promesa que le había hecho, no es de creerse que hiciera un milagro que tenía que ser visto por el mundo entero.

3ª Los legados del rey de Babilonia vinieron á tomar noticias de Ezequías acerca del portento que había tenido lugar en la tierra. (1) Ahora bien, si el portento también se hubiera visto en Babilonia ¿para qué vinieron los emisarios reales á tomar noticias de él en Jerusalem?

4ª De este modo el hecho se explica sin que el orden astronómico hubiera sufrido perturbaciones y se comprendería el silencio de los historiadores.

Tenemos antes de concluir, que responder á dos dificultades de los enciclopedistas: 1ª Los eruditos, dicen, han demostrado que los judíos antes de su cautiverio en Babilonia

(1) II. Par XXXII. 24.

ninguna idea tuvieron de relojes ó de gnomones, mas aun en su lengua ni siquiera existe una voz para significarlo, pues en el libro de los reyes se indica el cuadrante de Acaz con el nombre de *hora de la piedra*.

Muy bien podemos en respuesta á la dificultad, negar á nuestra vez el aserto de los eruditos citados por los autores de la enciclopedia. ¿De dónde supieron que los judíos carecieron de relojes hasta la época de la cautividad? Por el contrario, todos los arqueólogos aseguran que era muy comun el uso de los relojes entre los egipcios y caldeos mucho antes del reinado de Senaquerib. Ahora bien, los hebreos, desde muy atrás, tuvieron frecuente comercio con ambas naciones. Acaz, hizo alianza con Teglatphsalasar, de quien pudo recibir un instrumento tan necesario para todos los usos de la vida. Ni es cierto que los judíos llamasen al gnomon, hora de la piedra, sino al contrario *piedra de las horas* indicando así la materia conque se construían los cuadrantes y el objeto á que se destinaban.

La segunda objeción que se nos opone, es que cómo pudo Ezequías creer que era más fácil el que la sombra se retrasase diez grados, que el que los recorriese en un solo instante, importando ambas, una perturbación del orden natural? Respondemos que de todo esto no se sigue otra cosa, sino que Ezequías era muy poco versado en las ciencias

matemáticas, lo que no disputaremos, y por eso, atribuyendo el milagro á un cambio en el curso del sol, creyó que era mayor milagro el que este astro deshiciera el camino ya hecho, que el de moverse con más rapidez, recorriendo en un minuto, el camino que debería andar en diez horas. En esto no iba muy descaminado, porque el primer portento sería de primer orden ó sea en cuanto á la substancia y el segundo sería solo de tercer grado ó sea con relación al modo. Un milagro es tanto mayor cuanto son más numerosas é importantes las leyes naturales que se alteran.

CAPITULO XXIX.

TOBIAS.

El libro de Tobías nos ofrece un cuadro íntimo de las virtudes, de los sufrimientos y de las alegrías del destierro de Tobías. No es el frío relato de sucesos casualmente unidos entre sí, sino el cuadro de sencillez y de grandeza, de las pruebas de un hombre justo y misericordioso. Tobías es un segundo Job, cuyas desgracias y cuya salvación están de tal modo unidas, que hacen al mismo tiempo de su historia, el manual de los esposos. El ejemplo del joven Tobías muestra cómo deben contraerse las uniones agradables á Dios. La humanidad, el amor paternal, la piedad filial, la dulzura y la probidad de los dos Tobías son

el desarrollo del pensamiento fundamental del libro; la confianza en Dios que no puede confundir al justo." (1)

Este optimismo del cuadro que nos ofrece este libro, así como las dificultades de todo género que surgen de su lectura, movieron á no pocos intérpretes aún católicos, á negar el carácter histórico de este libro, y colocarlo entre los apólogos ó parábolas. Por los datos histórico-cronológicos y geográficos que este libro nos suministra, así como la opinión unánime de los intérpretes católicos y de los rabinos y el uso de la Iglesia que en su liturgia habla del arcangel Rafael y de Tobías y da culto al primero, nos obligan á creer que esta hermosa biografía es rigurosamente histórica. Las dificultades que se objetan, tienen satisfactoria solución como vamos á verlo.

I. LA CEGUERA Y CURACION DE TOBIAS.

¿Quién ha dicho jamás que el estiercol de golondrinas produce ceguera? pregunta la incredulidad y sin embargo, este es el hecho consignado en el cap. II del libro de Tobías, del que parten todas las peripecias del viaje de su hijo y la trama entera de este apólogo. Hé aquí las palabras con las que se refiere este hecho: *Sucedió que cierto dia* [Tobías] *fatigado de haber dado sepultura á un cadá-*

(1) Hauneberg. Historia de la revelación bíblica. Tom. II. 92*